



---

Review

Reviewed Work(s):

Yo sólo soy memoria. Biografía visual de Elena Garro

by

Patricia Rosas Lopátegui

Review by: Reynol Pérez Vázquez and Reynd Pérez Vázquez

Source: *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, Año 27, No. 54 (2001), pp. 261-263

Published by: Centro de Estudios Literarios "Antonio Cornejo Polar"- CELACP

Stable URL: <https://www.jstor.org/stable/4531194>

Accessed: 03-09-2024 19:21 UTC

---

JSTOR is a not-for-profit service that helps scholars, researchers, and students discover, use, and build upon a wide range of content in a trusted digital archive. We use information technology and tools to increase productivity and facilitate new forms of scholarship. For more information about JSTOR, please contact [support@jstor.org](mailto:support@jstor.org).

Your use of the JSTOR archive indicates your acceptance of the Terms & Conditions of Use, available at <https://about.jstor.org/terms>



JSTOR

*Centro de Estudios Literarios "Antonio Cornejo Polar"- CELACP is collaborating with JSTOR to digitize, preserve and extend access to *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana**

llamativo el hecho de que ni la introducción ni los artículos se detengan a considerar el lado económico y social de la nueva producción cultural en la edad posmoderna latinoamericana.

En América Latina, el boom fue consumido por las clases que pusieron en marcha un proyecto político y económico de industrialización y modernización aceleradas. Esta elite estaba vinculada a las tradicionales oligarquías latinoamericanas, fascinadas con lo Europeo en general y lo francés en particular. En cambio, la nueva novela histórica y en general la literatura posmoderna que se produce actualmente en América Latina parece estar ligada a la emergencia de una clase social nueva. Esta clase, que nació al amparo del último ciclo de las dictaduras, tiene diversos nombres de acuerdo a cada país. En Sur América es la llamada tecnocracia. Los tecnócratas (Chicago boys, Harvard boys, etc.) aparecieron para asesorar las políticas económicas de algunas dictaduras y se definieron en general como apolíticos. Es por ello que siguieron disfrutando de un considerable poder en los gobiernos democráticos (y en el México de Salinas de Gortari), donde definieron las "nuevas reglas del juego" eminentemente técnicas, impuestas en casi todos los países de América del Sur y México (con la excepción notable de Ecuador y Venezuela). El conjunto de nuevas reglas económicas se llama neoliberalismo; el conjunto de nuevas reglas políticas es una democracia en la que están ausentes las propuestas de cambio económico (dominio técnico, no político); el conjunto de nuevas reglas culturales está caracterizado por una alabanza acritica de la diversidad posmoderna.

El proyecto político más ambicioso de esta nueva clase es la descentralización y reducción del Estado. Lo cual es positivo en tanto y en cuanto devuelva a los ciudadanos un sentido de control económico de sus impuestos. Es un proyecto posmoderno porque el Estado fue el motor de la fallida modernización e industrialización latinoamericana.

Los tecnócratas tienen en común una educación en Estados Unidos (opuesta a la formación europea de las elites tradicionales), un sentido pragmático frente a desafíos políticos y culturales y una marcada aversión por las complejidades técnicas del boom y las vanguardias artísticas en general. Este gusto alimenta un nuevo tipo de producción estética, que puede ser también consumida por masas menos educadas, debido a una aparente "sencillez".

El hecho de que esta nueva clase coexista con la antigua oligarquía y los ex dictadores enriquecidos brinda el contexto social de la problemática situación del narrador en casi todos los textos posmodernos latinoamericanos. En efecto, si el narrador es por antonomasia el agente del poder dentro del relato, su inestabilidad refleja una situación social en la cual es difícil identificar quién detenta el poder en las nuevas democracias latinoamericanas, donde los militares aún controlan ciertos resortes claves, los tecnócratas gozan de un margen de maniobra conferido por su pericia técnica y los antiguos oligarcas están allí, como siempre, digitando en la sombra los cambios que les convienen.

*Luis Rojas-Velarde*  
U. of Oregon, Eugene

**Patricia Rosas Lopátegui. *Yo sólo soy memoria. Biografía visual de Elena Garro*. Ediciones Castillo, Monterrey, N.L., 1era. Edición, 2000, 130 pp.**

Entre los escritores mexicanos desatendidos por la crítica, como Juan de la Cabada, Guadalupe Dueñas, Ramón Rubín, Nellie Campobello y otros, que por oscuros designios permanecen en el olvido e injustamente desprovistos de laureles, se encontraba, hasta hace al menos diez años, Elena Garro. Resucitada más por el escándalo que por sus hallazgos literarios, la obra de Garro se mueve hoy por los estantes de las librerías del país, perseguida por los

lectores menos deseados: aquellos que rebuscan en sus textos para encontrar las fuentes de una vida apasionante, entretrejida de intrigas y plena de contradicciones. Para enfocarse en la escritora y su obra, y no en la comidilla que han generado algunas circunstancias de la vida de la escritora, sale a la luz el volumen que origina este comentario.

Es muy poco común que en México se edite una biografía visual. De hecho, los libros de memorias de personajes de la cultura nacional que llegan a incluir anexos de fotografías provocan, por lo general, desazón debida a la pésima reproducción de las gráficas. Escasas figuras mexicanas merecerían, sin oler a panegírico, un libro que recoja los momentos más trascendentes de su vida. Elena Garro, sin embargo, "se cuece aparte". Ediciones Castillo, una de las editoriales de provincia con mayor penetración en el mercado mexicano, proporciona su sello para brindarle al correcto lector *Yo sólo soy memoria. Biografía visual de Elena Garro*, una selección de 131 fotografías con aproximaciones a la obra de la autora, realizada por Patricia Rosas Lopátegui.

Pese a que ciertas fotografías no poseen calidad técnica deseable, por tratarse de instantáneas íntimas, y otras no toleraron la restauración, buena parte de los cuadros ha sido reproducida con calidad meritoria, gracias a una ardua tarea de digitalización que el proceso de impresión ha conseguido trasladar.

En cuanto a las aproximaciones que acompañan y contextualizan las fotografías, es posible advertir en la escritura de Rosas Lopátegui—quien ha estudiado la obra de Garro por casi dos décadas— que su análisis desborda los límites de la crítica neutral para hacer evidente su pasión por una de las grandes figuras de las letras hispanoamericanas del siglo XX. Si bien las interpretaciones de la autora de esta biografía visual bordean la crítica impresionista, logran a su vez un tono íntimo y cálido que humaniza y nos hace más próxima a Elena Garro. Lo an-

terior se reafirma con la inclusión de comentarios personales sobre las fotografías, externados tanto por Garro como por su hija, Helena Paz. De hecho la autora señala en la introducción que sin la información y las observaciones de Elena, habría resultado sumamente difícil consignar datos y lugares de las imágenes reproducidas.

*Yo sólo soy memoria* no representa un resumen frío de la fototeca de una brillante escritora, ni una serie de imágenes sin ton ni son, rescatada de álbumes familiares, libros o periódicos. Rosas Lopátegui ha organizado el material fotográfico de tal manera que recorre las etapas de la vida de Elena desde su infancia hasta su doloroso epílogo. Cinco capítulos integran el libro, precedidos de una introducción: I. Infancia: bajo los signos de la magia, la imaginación y los libros (1920-1934); II. Adolescencia y matrimonio con Octavio Paz (1934-1963); III. 1968: el signo de la calumnia (1963-1972); IV. El silencio y la soledad en el exilio (1972-1993); y V. El reencuentro con México (1993-1998).

Rosas Lopátegui no habría conseguido armar esta galería reveladora sin la cesión de fotografías que le hiciera Garro meses antes de su deceso, hecho al que añadió el designar a la investigadora veracruzana como su biógrafa. Este acto, generoso o excéntrico, nos ha permitido tener acceso a momentos de la vida de Elena que de otro modo se habrían circunscrito a su familia y a los amigos más cercanos y, por ello mismo, se habrían perdido en el arbitrario olvido.

No obstante lo dicho, esta biografía visual no puede catalogarse como una exploración académica para entender la obra y la vida de Garro, pues la autora renuncia a esta aspiración al involucrar aspectos de su vida personal que bien pudo pasar por alto, ya que el gesto mismo de Elena hacia su biógrafa termina por revelarnos su simpatía hacia ella.

Si Vasconcelos entendía a México como un país caníbal que devora a sus talentos, los hechos acontecidos

en el 68 pusieron en la picota a Elena Garro y continúan constatando la afirmación de nuestro filósofo. Escasas fotografías de esta época señalan los acontecimientos de todos conocidos; no obstante, la luz se halla ausente. Así como el sistema eligió a Elena Poniatowska como la Juana de Arco de este periodo, hecho que esta gloria nacional mexicana ha capitalizado hasta el hartazgo, a Garro le tocó desempeñar el papel del antihéroe y, pasiones aparte, ello ha quedado inscrito en la historia mexicana.

En *Yo sólo soy memoria* la presencia de Octavio Paz a lo largo del libro, no sólo en imágenes sino en palabras, constata la poderosa relación afectiva e intelectual del poeta con Elena Garro. De este modo el volumen se convierte en un testimonio visual de las vidas de ambos personajes, cuya unión de casi tres décadas ha enriquecido la literatura mexicana por las obras que ambos produjeron. En este recuento vital no puede faltar por supuesto la figura de Helena Paz Garro, quien va pasando por estas páginas, al lado de sus padres, como la protagonista de un cuento de hadas, para luego del divorcio de ambos iniciar un peregrinaje al lado de su madre, el cual concluyera en Cuernavaca. Y más allá del estrecho círculo familiar, las instantáneas recogidas en este recuento visual también dan fe de la relación de Elena Garro con personajes de la cultura nacional e internacional del siglo XX que parten desde Julio Bracho, Isabela Corona, Pablo Picasso, Marcel Camus, José Bianco, Adolfo Bioy Casares, Archibaldo Burns, José Luis Martínez, Carlos Fuentes, Rita Macedo, Arturo Ripstein, José Bergamín, Clara Janés, José María Fernández Unsaín y Héctor Azar.

En el capítulo V, "El reencuentro con México" (1993-1998), podemos reprochar a Rosas Lopátegui la inclusión de fotografías de Elena que muestran su rostro devastado en los ángulos menos favorecidos, donde la cámara es un canibal que da cuenta de los vestigios de una belleza consumida y donde, pese a todo, la lucidez permanece como una llamada: "Nunca me he sentido sola. Estoy sola porque me gusta estar sola. Porque estando sola, por ejemplo, aquí, me pongo a pensar, a imaginar, a amar las cosas, a los amigos, a mis gatos... La soledad no me parece trágica".

*Yo sólo soy memoria* es un libro que puede disfrutarse, porque posee un buen formato que permite apreciar con comodidad las fotografías, su tipografía se lee sin tropiezos y su extensión podría decirse que resulta ideal. No obstante, existen varias omisiones de nombres al pie de fotos, algún párrafo cortado y sin concluir, dos o tres datos equivocados al citar ciertos lugares y el barbarismo "parisino" por parisense. Son errores todos factibles de corrección –lo esperamos– en futuras ediciones.

Con aciertos y fallas, esta biografía visual de Elena Garro es, sin lugar a dudas, un texto importante y que se hacía necesario en el panorama mexicano para aproximarse a una figura mítica del siglo XX. Sus confusas posiciones políticas, su brutal sinceridad, su lucidez implacable, sus laberínticas contradicciones las borrará el tiempo para que al final resplandezca su obra, una de las más originales en la literatura hispanoamericana del pasado siglo.

Reynol Pérez Vázquez  
Monterrey, Nuevo León